

NOTA 30^a RELATIVA AL CAP. XIV.

DE LA SEGUNDA PARTE.

María habia concebido á Jesus sin concupiscencia y le habia parido sin dolor; pero experimentó cruelmente la pena de parir con dolor, al dar á luz espiritualmente á los hijos de los hombres. pag. 322.

NOTA 31^a RELATIVA AL CAP. XV. DE

LA SEGUNDA PARTE.

Cumplimiento de la profecía de Isaías que anunciaba que una muger daría á luz á todo un pueblo. Deberes que resultan á los Cristianos hácia Jesus y María, de los misterios que se han expuesto y explicado en esta obra. pag. 323.

Indulgencias concedidas por varios Sumos Pontífices á los devotos de María Santísima de los Dolores. pagina 327.

LA MADRE DE DIOS

MADRE DE LOS HOMBRES.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO I.

EL misterio de Jesucristo crucificado es, dice San Pablo, un motivo de escándalo para el Judío obstinado y un objeto de locura y de desprecio para el ciego Gentil; mas para el cristiano, á cuyos ojos brilla la luz de la fé, es la obra maestra de la sabiduría y de la omnipotencia de Dios. Y en efecto, como observa San Agustín, en tanto que la humanidad visible sufría los tormentos mas crueles en la persona de Jesucristo crucificado, la divinidad que estaba invisible y oculta, obraba las mas grandes maravillas. Jesus crucificado, colmado de ignominias y victima de los mas atroces tormentos, ordena y dirige todos los acontecimientos, domina como señor la voluntad perversa de sus enemigos, dispensa la gracia y dispone de su reino celestial con una libertad absoluta y una autoridad omnimoda; y mientras que agoniza como el último de los hombres, manifiesta una independencia y un poder propios tan solo de Dios.

Entre los numerosos prodigios de este poder divino, que Jesucristo obró en el discurso de su pasion,

se nota dice San Juan Crisóstomo, el que obró para reformar el sexo mas frágil, queriendo manifestarnos de este modo que habia venido para reformarlo todo asi como lo habia criado todo. Este sexo en efecto, tenido por el mas tímido, el mas delicado y el mas débil, se mostró de repente el mas intrépido, el mas animoso y el mas fuerte.

Los apóstoles, exceptuando uno solo, habian abandonado á su divino Maestro y habian huido precipitadamente. Los discípulos se hallaban separados y dispersos como un tímido rebaño al que han arrebatado su pastor. Entre tantos hombres como él habia alimentado, instruido y curado, ni uno solo se atreve á declararse por él. Aquel mismo Pedro, que al principio habia jurado sufrirlo todo por él y morir con él, le niega en el momento del peligro, y jura que no le conoce ni tiene nada de comun con él.

Mas por un trastorno del órden natural digno de ser notado, en tanto que los hombres tiemblan, se alejan y se ocultan, dice Eutimio, unas cuantas mugeres no se asustan, y ellas solas permanecen constantemente fieles á Jesus. Estas almas generosas no se avergüenzan de participar de la ignominia de la cruz: ni de manifestar públicamente la mas viva adhesion y la piedad mas tierna respecto al Crucificado, previniendo asi la constancia y la generosidad de los mártires que habian de confesar un dia á Jesucristo en medio de los tormentos, y condenando de antemano la baja de esos cristianos que se ruborizan de él y le niegan por decirlo asi, por un miserable respeto humano. El odio de los fariseos no los acobarda, el furor del pueblo no los detiene, el poder de los magistrados no los intimida, ni la licencia de los soldados las amedrenta. Llenas de valor parece que provocan la rabia ciega y la venganza cruel de los enemigos de Jesucristo, ver-

tiendo lágrimas públicamente por la suerte de un sentenciado; y con esta manifestacion de su dolor condenan públicamente la injusticia y la barbarie con que han tratado á su Maestro y Señor. Nada, dice Cornelio de la Piedra, puede arrancarlas de junto á él; nada es capaz de decidir las á abandonarle. Desde el pretorio de Pilatos hasta el cima del Calvario no le han perdido de vista ni un solo instante; llorosas y desoladas le han seguido constantemente. Ved aqui que tambien quieren asistir á su muerte, deseosas de admirar sus últimos ejemplos, de recibir sus últimas lecciones, de meditar sus últimos misterios y de recoger su último suspiro, prontas á sufrirlo todo por él, y aun á morir si es necesario con él.

Cuando elevaron la cruz y suspendieron entre el cielo y la tierra al augusto mediador que se interponia entre Dios y los hombres, estas mugeres intrépidas, se colocaron sobre la sangrienta montaña, tan próximas á Jesus crucificado como les permitió la insolente soldadesca. Allí, con los ojos fijos en aquel lastimoso objeto, se pusieron como observa Cornelio de la Piedra, segun el testo griego, á contemplar inmóviles y absortas en sus sentimientos de compasion y de dolor, de ternura y de piedad, los horros de aquella escena tan patética; la paciencia, la bondad, la calma y la dulzura de parte de Jesucristo, y una rabia infernal y una barbarie inaudita de parte de sus verdugos.

Entre aquellas almas generosas y fieles á Jesucristo se hallaba Maria, su santísima y amabilísima madre. Maria es conducida al pie de la cruz, no solo por su amor de madre, sino tambien por su celo de coredentora; no solo para ser testigo de los grandes misterios que van á ser consumados por su Hijo, sino tambien para tomar parte en ellos, y cooperar con su amor y con su dolor á el ser que

Jesucristo nos va á dar con su sangre y con su muerte. En esta solemne circunstancia tiene un ministerio personal y un cargo propio que ejercer; también entra ella en ciertas disposiciones particulares de la Providencia, y por lo mismo toma la actitud que le es propia. Ella se separa de las demás mugeres que de acuerdo con María, esposa de Cleofas, María Magdalena y el discípulo amado de Jesucristo, le habian acompañado hasta el Calvario, y se acerca más al árbol misterioso y ensangrentado en que estaba suspendida la salvacion del mundo, el objeto de su ternura y la causa de su dolor profundo.

Los principes de los sacerdotes, los fariseos y los escribas habian ido al Gólgota, no tanto para vigilar sobre la ejecucion de la bárbara sentencia provocada por su maliciosa envidia, cuanto para recrear su vista en el espectáculo de los padecimientos y de los oprobios de Jesucristo. Parece que debian haber hecho alejar de la cruz á la madre, al discípulo y á las otras mugeres; y esto menos por compasion de estas almas fieles, que para quitar al Señor moribundo aun el consuelo de ver á tantas personas amantes y afectuosas tomar parte en sus ignominias, afligirse y compadecerse de sus padecimientos. Mas ese mismo poder divino que triunfa de todos los obstáculos y domina los corazones, que en Getsemani provee á la seguridad de sus discípulos, que en el pretorio conduce la mano de Pilatos, y en vez de un título de condenacion, le hace trazar el verdadero título de la gloria de Jesucristo á quien él declara REY DE LOS JUDIOS, es decir, el Mesias ó el Salvador del mundo, este mismo poder divino contiene la crueldad de los magistrados y la licencia de los verdugos. El asegura á María y á S. Juan, el consuelo de verse asociados á los últimos misterios del Reden-

tor crucificado, de ser los testigos de su muerte, y de ser los primeros que se ven rociados con su sangre, sin que nadie piense ó se atreva á alejarlos.

María estaba en pie, segun la bella pintura que hace S. Ambrosio, absorta en cierto modo en un éxtasis de dolor profundo y de contemplacion sublime. La posicion recta é inmóvil de su persona anuncia toda la intrepidez, toda la grandeza y toda la nobleza de su corazon. La compostura de su rostro expresa una absoluta resignacion y un dolor inmenso; sus ojos entristecidos recorren una por una en el cuerpo de su Hijo las llagas sangrientas de donde mana la salvacion de los hombres. Muy lejos de temer la rabia de los verdugos (mientras que su Hijo se ofrece á la justicia de su Padre) ella se adelanta á su furor, para ser también inmolada. Este amor tan puro y tan generoso, este valor tan heroico, esta constancia invencible de María, indemnizaban en cierto modo á Jesus de la pena y la vergüenza que le habia causado el cobarde abandono de sus discípulos. El espectáculo que María ofrece de sí misma, es el que conviene á la elevacion de su rango. Solo es propio de un hijo que es aun tiempo mismo verdadero Dios y verdadero hombre morir como muere Jesus; y María asiste á esta muerte como una madre que tiene á un Dios por hijo.

Al otro lado de la cruz estaba S. Juan igualmente de pie; Juan, el discípulo muy amado á quien Jesus amaba más que á otro alguno, el objeto de su especial ternura, el depositario de sus divinos secretos, y como le llama S. Cipriano, su íntimo confidente, su camero fiel. Su espíritu está ocupado de los misterios más sublimes, su corazon está traspasado de dolor; y sin embargo su actitud y su figura son dignas de un discípulo que tiene á un Dios por maestro. La Madre y el discípulo están tan

proximos á la cruz que pueden oír facilmente la voz amada de Jesus moribundo, contemplar su faz adorable y aun distinguir sus miradas llenas de amor.

Entre tanto llega el Señor al término de sus dolorosas angustias. El distingue á estas dos personas tan amadas en la actitud de la resignacion mas perfecta, de la ternura mas viva y del dolor mas profundo. Desde lo alto de la cruz fija en ellos su vista lánguida que muy pronto va á estinguirse en las sombras de la muerte, y designándolos al uno y al otro con una mirada, dice á María: MUGER, HE AHI TU HIJO. En seguida dice á San Juan: HE AHI TU MADRE.

Palabras llenas de ternura y de amor. Pero palabras que, como todas las que salieron de la boca del Salvador moribundo, son sublimes y fecundas en su sencillez. Ellas encierran una parte del testamento del Hijo de Dios, que muere por la salvacion del mundo. Ellas abrazan una multiplicidad prodigiosa de objetos. Ellas encierran sentidos diversos y misterios profundos, pero todos nobles, todos divinos, todos dignos del tiempo y del lugar, todos dignos del augusto personaje que las pronuncia. Mas antes de entrar á examinar su significacion, y sondear el grande, el precioso y agradable misterio que encierran respecto á nosotros en su sentido profético, debemos explicarlas en su sentido histórico é inmediato. (Véase la nota primera.)

CAPITULO III.

UNA tradicion antigua y constante, comun entre los Padres de la Iglesia, nos enseña que al tiempo de la pasion de Jesucristo hacia ya muchos años que ha-

bia muerto el patriarca S. José, esposo purisimo de Maria. Si entonces hubiera vivido, no hubiera abandonado, mientras estaba crucificado en el Calvario, á su amado Jesus á quien habia sustraído con tanta destreza de la persecucion de Herodes, á quien buscó con tantos cuidados y tantas lágrimas cuando lo perdió en el templo. Jesus moribundo no hubiera quitado á este esposo la custodia del depósito sagrado de Maria para confiarla á su discípulo, como nos lo dice uno de los santos Padres. *Este custodio fiel de su Señor á quien los oráculos celestiales se revelaban siempre en todo cuanto tenía relacion con la santa familia de Nazaret, hubiera tenido tambien la gloria de recibir de la boca del mismo Jesucristo sus últimas instrucciones acerca del cuidado que debia tener del objeto mas amado y mas precioso que el hijo de Dios dejaba en la tierra.*

María pues estaba viuda de su casto esposo, y debia quedar tambien privada por algun tiempo de su divino Hijo. Pero Jesucristo la dá por Madre á San Juan, queriendo por este hecho, dice S. Agustin, proporcionarle un apoyo y un sosten. Su esposo virgen le faltaba, y él confia su custodia á un discípulo virgen, indemnizándola del hijo que pierde con el hijo que le otorga. El madero de la cruz, prosigue el mismo santo Doctor, era un patíbulo infame en el que su santa humanidad sufria una muerte cruel; pero era al mismo tiempo una cátedra gloriosa desde la que la sabiduría divina instruía al universo. Jesucristo en estas circunstancias quiso enseñarnos con su ejemplo la obligacion que tienen todos los hijos piadosos de cuidar de sus padres.

San Juan Crisóstomo insiste en la misma idea, y afirma que al asignar el Salvador del mundo á San Juan por hijo de Maria, quiso darnos una importante leccion, y enseñarnos que no hay circuns-

tancia alguna en la vida que pueda dispensarnos de cuidar de los autores temporales de nuestros días; y que este deber que principia con la vida no acaba sino con ella.

Este ilustre Doctor añade que al manifestar Jesucristo tanto cuidado por María en aquel momento supremo, y al manifestar igualmente que no moria contento, por decirlo así, sino despues de haber provisto al consuelo y al apoyo de esta augusta madre, hizo ver claramente que María era su verdadera madre, y que él era como hombre su verdadero hijo, confundiendo de antemano la imprudencia de aquellos hereges que debian poner en duda la maternidad real de María y la filiacion verdadera de Jesucristo segun la carne.

San Cipriano va todavia mas lejos. El afirma que el Salvador al morir debió mostrarse pensativo é inquieto por la conservacion de María, porque ella era no solo su verdadera madre, sino tambien su verdadero templo. La divinidad en efecto habia habitado por espacio de nueve meses en el seno de María, como en el santuario mas augusto. Allí fué donde el Cordero de Dios encontró el tálamo purisimo en el que celebró sus nupcias con la naturaleza humana. María pues era una reliquia viviente; la mas santa y la mas preciosa de todas las reliquias, digna del culto y de la veneracion del universo. Y supuesto que todo lugar en que Dios ha puesto sus pies es digno de adoracion; de qué homenages no será digno aquel seno purisimo en el que reposó el mismo Dios? Aquel depósito sagrado, aquel tesoro inestimable, no podia ser confiado sino á manos puras y fieles. Jesucristo encuentra en S. Juan un confidente íntimo, un amigo tierno y un discipulo constante en quien un valor lleno de celo y un afecto tierno, se unen á la pureza de corazon; y á este es á quien confia á María

por un acta auténtica. El asegura á la que es BENDITA ENTRE TODAS LAS MUGERES la asistencia, el apoyo y la veneracion del mas fiel de todos los apóstoles. El deja este templo vivo de la Divinidad y su trono augusto en la tierra, este tabernáculo de pureza, la mas pura de todas las madres á la custodia del mas puro de todos los hombres.

¡Oh providencia! esclama S. Ambrosio, eleccion verdaderamente digna del que la hace y de la que es el importante objeto de ella! S. Juan es constituido heredero de Jesucristo. Pero solo es el heredero de su amor porque ha sido el imitador fiel de su pureza y porque ha guardado cuidadosamente su santa integridad. Sus afectos no se hallan divididos; su amor es sin tacha; su corazon es virgen, asi como su cuerpo es puro. La habitacion de María no era decente y tranquila sino á la sombra de la habitacion de Juan.

Mas observad, dice San Cirilo, que Jesucristo no solo confia María á San Juan, porque la ama y la venera como á su madre, sino que confia tambien S. Juan á María porque le ama y le mira como á su hijo. Las palabras que usa para encomendarlos mutuamente son las mismas; hablando de María, dice á San Juan: *Hé ahí tu madre*; y hablando de S. Juan, dice á María: *Hé ahí tu hijo*. Pues bien, la identidad de expresiones indica una identidad de relaciones y de deberes. Si el amor maternal de María debe encontrar una correspondencia en los cuidados filiales de S. Juan, los oficios filiales de S. Juan deben encontrar igualmente una correspondencia en el amor maternal de María. Por consiguiente Jesucristo, por esta disposicion amorosa, no solo aseguró la asistencia de un hijo á María, sino tambien la ternura de una madre de S. Juan. El quiso no solamente endulzar el desconsuelo de su Madre, sino tambien recom-

pensar la virtud de su Discipulo; para esto creó un parentesco de nueva especie entre estas dos personas. Parentesco el mas íntimo, el mas estrecho y el mas necesario, porque tiene por fundamento las relaciones de la madre al hijo y del hijo á la madre; pero el mas perfecto al mismo tiempo, porque forma su vinculo no un amor carnal, sino una caridad celestial y divina.

Esta conducta generosa y privilegiada que Jesucristo moribundo usó con S. Juan, recuerda la manera generosa conque Jacob moribundo quiso distinguir á José, y puede mirarse la una como figura de la otra. Apenas este último patriarca recibe la funesta noticia de la última enfermedad de su padre, cuando abandona al momento la ciudad y la corte y vuela á su lado para tributarle los últimos oficios y recoger su último suspiro. José estaba mas retirado de la habitacion de Jacob que todos sus hermanos: y sin embargo él es el primero y aun el único que se apresura, el primero y el único que llega hasta su padre moribundo. El se coloca junto al lecho, y no le abandona mas; sumergido en un profundo dolor aguarda allí su fin. Este tierno cuidado, este rasgo de piedad filial penetra y conmueve el corazon de Jacob. Este se vuelve hácia su hijo y con una voz balbuciente le dice: José, un mérito particular merece una recompensa especial. Por esta causa, además de la porcion de mi herencia que recibirás como cada uno de mis hijos, te dejo otra como un recuerdo perpetuo de mi afecto especial. Ella será tu propiedad; ella no pertenecerá mas que á tí, y tus hermanos no tendrán derecho alguno á ella. Esta porcion de mi herencia que destino para tí y que te dejo por una donacion escepcional, es la mas rica y al mismo tiempo la mas querida porcion de mi patrimonio, porque es la tierra tan fértil y tan fecunda que el valor de mi brazo

y la fuerza de mis armas conquistaron del Amorreo.

Pero, qué títulos merecieron á José esta donacion particular, esta tierna distincion por parte del autor de sus dias? Ay! la causa de esto fué que José era el mas casto y al mismo tiempo el mas afecto á su padre, el mas piadoso y el mas fiel de todos los hijos de Jacob. José amó la castidad hasta el punto de ser en cierto modo el mártir de ella: y hasta el fin dió á su padre pruebas de su amor, de su ternura y de su fidelidad, por la prisa conque procuró acercarse á su lecho de muerte y por el constante amor conque le asistió.

Por estos mismos títulos, dicen los intérpretes, además de la porcion que pertenecia de derecho á S. Juan como apóstol de Jesucristo, y que le era comun con los demas apóstoles, recibe tambien una porcion particular de su santa herencia; porcion que le es propia y peculiar; porque el Salvador moribundo no la ha dado mas que á él, porcion la mas noble y la mas amada de Jesucristo, pues que esta porcion es María su propia Madre, aquella tierra misteriosa que el Señor bendijo y que conquistó del príncipe de las tinieblas por la fuerza de su poder divino, preservándola del pecado original y sustrayéndola así á su funesto imperio y á la cautividad comun de todos los hijos de Jacob. S. Juan adquirió una herencia tan rica, y recibió un legado tan glorioso en la persona de María que le fué dada por madre, porque tuvo los mismos títulos, como hemos dicho, que llamaron á José á la porcion escogida de la herencia de su padre, es decir, su pureza y su fidelidad.

El obtuvo este privilegio en primer lugar por su pureza; porque, como asegura el venerable Beda, S. Juan á quien el Señor encontró puro y virgen cuando le llamó al apostolado, se conservó virgen y puro toda su vida: y el privilegio de la virginidad fué lo

que le hizo merecer el del amor de Jesucristo. Lo que le agradó á Jesucristo en S. Juan fué aquella virtud delicada, esquisita y sublime que tanto le habia agradado en María. Y si este discípulo afortunado mereció tener por madre á la propia Madre de Dios, solo lo debió al mérito de una pureza santa por la que, como observa S. Juan Crisóstomo, habia merecido ya María tener por hijo á un Dios.

Privilegio incastimable de la virginidad! valor singular de esa pureza santa, que eleva el corazon del hombre hasta Dios, que le hace singularmente amado, que le hace el objeto de sus complacencias, que atrae sus miradas y que obtiene de él las bendiciones mas abundantes y el amor mas tierno!

En segundo lugar, S. Juan recibió en María la recompensa de su valor, de su constancia y de su fidelidad. De todos los Discípulos de Jesucristo fué el único que le acompañó hasta el Calvario; el único que, sin acobardarse por el odio y el furor de los Judios, tuvo el valor de confesarse públicamente su discípulo y de asistir á su muerte. El fué por consiguiente no solo el mas puro de los apóstoles, sino tambien el mas generoso, el mas afectuoso y el mas fiel. Qué extraño es pues que fuese el mas ampliamente recompensado en la distribucion que Jesucristo moribundo hizo de las riquezas de su amor? Afortunado S. Juan, esclama el obispo Teófilo, que tivisteis la intrepidez, la constancia y la generosidad de Jesus hasta el suplicio y de permanecer junto á su cruz! La nobleza y la pureza de vuestros sentimientos os alcanzaron el honor de ser elegido por hermano de Jesucristo, y de ser dado por hijo en lugar suyo á María su propia Madre! Tal es la ventura inestimable del que se une á la cruz, permanece en compañía de Jesus crucificado, y contempla en el Calvario los misterios del Hijo y las penas de la Madre. Por

estos medios se une á Jesucristo no solo por el amor, sino tambien por la amistad mas íntima y por el parentesco mas estrecho.

Pero, qué sabiduría y qué amor tan tierno se nota, dice el mismo Padre, en esta eleccion y en esta disposicion! María y S. Juan son los objetos mas caros que Jesucristo deja en la tierra; María que le engendró de su sustancia, y S. Juan que le ha imitado en su vida; María que concibió al Verbo de Dios en su seno, y Juan que ha concebido de él la idea mas clara en su espíritu; María sobre cuyo pecho reposó Jesucristo, y S. Juan que ha reposado sobre el pecho de Jesucristo. El Señor quiso dejar á María un recuerdo de su persona, y hacerle una donacion, y no tuvo otra cosa mejor que ofrecerle que aquel á quien amaba mas que al resto de los hombres. El quiso dejar una herencia á S. Juan, y no pudo dejarle otra cosa mejor que aquella á quien amaba sobre todas las mugeres. Aquella madre sumamente amada no podia tener un hijo mejor que S. Juan, objeto de la predileccion de Jesucristo, ni el Discípulo amado podia encontrar una madre mejor que María sumamente amada. Al recibir San Juan á María á quien el mismo Jesucristo habia escogido por madre, todo lo habia recibido con ella. Y cuando María recibió á S. Juan á quien Jesucristo habia amado como á su hijo predilecto, nada mas podia ya recibir. Por consiguiente el Señor no podia dar al uno y al otro una herencia mas rica, no podia hacerles una donacion mas agradable, ni dejarles un recuerdo mas precioso, ni una prueba mas convincente de su ternura y de su afecto. Oh! cuán tierno es el corazon de Jesus! En medio de los padecimientos terribles é inauditos, en medio de tantos oprobios y de tantas amarguras como afligieron á su humanidad santa, nada omite, nada olvida, nada deja sin recompensa!

Todo cuanto hacemos por la carne, por las criaturas y por el mundo, todo es vano, todo es perdido, y todo se lo lleva el viento; y aun en el caso de que por ello no merezcamos un castigo, no tenemos derecho para esperar ningún fruto ni recompensa alguna. Solo siguiendo á Jesús, amando á Jesús y permaneciéndole fieles hasta la cruz, es cuando no corremos ningún riesgo ni tenemos cosa alguna que perder. Los menores esfuerzos, los mas pequeños sacrificios, los tiene contados y anotados, para que no queden sin recompensa. Nada escapa á la sabiduría de su espíritu ni á la liberalidad de su corazón. Y por qué no hemos de hacer por ese Dios de amor que nos salva y nos recompensa, al ménos lo que hacemos por un mundo que solo procura nuestra corrupcion, nuestra desgracia y nuestra perdicion? (*Véase la nota segunda.*)

CAPITULO III.

YA es tiempo de principiar á esplicar las bellas palabras que Jesucristo dirigió á María y á S. Juan; y esto en su sentido mas noble, en el sentido que nos toca mas de cerca, y que forma el objeto de nuestro trabajo.

Para trazarnos un camino en esta esplicacion, observáremos desde luego que en el órden natural pudo Dios desde el principio haber criado al hombre de tal manera que él solo bastase para la reproduccion y la conservacion de su especie. Mas la sabiduría divina quiso disponerlo de otro modo. „NO ES BUENO, dice, QUE EL HOMBRE, ESTE SOLO EN LA TIERRA.” Despues de haber declarado con estas graves palabras la necesidad que tiene el hombre de educarse y de vivir en sociedad, quiere darle una compañera semejante á él,

no solo porque es de su misma naturaleza, sino porque es tambien de su misma sustancia. El quiere darle una ayuda, un ministro con cuyo auxilio pueda conservar y multiplicar su especie, y forma la muger, por una operacion misteriosa é inefable, de una porcion del cuerpo mismo del hombre.

Debemos admirar aquí cuán extraordinarias y singulares son la existencia, el ministerio, el destino y las cualidades de la muger.

En primer lugar la muger es un ser misterioso. El hombre encuentra en su fuerza y en su vigor una gran parte del imperio que ejerce; pero no sucede así á la muger. Ella reina por su propia debilidad; ella encanta, por su timidez; ella impone, por su pudor.

La muger es como un ser múltiple, y por decirlo así, como una doble naturaleza. Colocada en la familia entre el hombre y el niño, entre el padre y el hijo, participa de la naturaleza y de la condicion del uno y del otro. Participa de la naturaleza del hombre por la razon y por la inteligencia, y de la naturaleza del niño, como todos los fisiólogos lo han notado, por la delicadeza de los órganos, la movilidad de las fibras, la irritabilidad de los nervios, la timidez del carácter y la ligereza del temperamento. Ella participa de la naturaleza del padre, porque con él y como él es independiente de sus hijos y les manda; ella participa de la naturaleza del hijo, porque está sujeta lo mismo que él al padre y le obedece. De este modo participa de los dos extremos y los reúne en sí misma. Ella es pues el término medio, el centro y el vínculo de la sociedad doméstica. Ella reúne los dos elementos mas apartados, los pone de acuerdo y forma ese todo que llamamos familia.

Mas respecto á las relaciones morales que forman la base de una sociedad de seres racionales, la mision de la muger es mucho mas preciosa é importante.

Efectivamente, está en la naturaleza de todos los seres inteligentes, que el ser inferior, el ser débil, no se aproxime, ni se aficione al ser superior, al ser noble y fuerte, sino en tanto que este se incline, por decirlo así, descienda hacia él y le manifieste previamente su afecto.

Por consiguiente, si el niño no le habla sino porque sus padres le han hablado antes, tampoco los busca ni los ama sino porque ellos han sido los primeros en buscarlo y en amarlo; y si la palabra de sus padres despierta su inteligencia y le enseña á discurrir, el amor paternal escita igualmente su corazón y le enseña á amar.

Pues bien, este ministerio tan difícil, pues que se trata de disponer para la confianza el corazón tímido de un niño y de inclinar á él amor el corazón independiente de un padre; este ministerio tan sublime y tan importante, pues que estos sentimientos son los únicos que pueden aproximar á dos seres tan apartados como el padre y el hijo, y que son el principio y la base de las relaciones establecidas entre ellos; este ministerio repito, es propio y esclusivo de la madre. La madre es la primera que manifiesta y revela á su hijo la persona de su padre; y la que hace gustar y saborear al padre las tiernas caricias y la inocente sonrisa de su pequeño hijo. La madre es la que alienta á la debilidad para que busque á la fuerza y se aproxime á ella sin temor, y hace que la fuerza se doblegue hasta buscar á la debilidad y acomodarse tiernamente á ella.

Sin el auxilio de esta mediación, de esta industria de una madre, (ó de la que está en lugar de madre) que empequefecen, por decirlo así, al hombre hasta llegar al niño, y engrandecen al niño hasta llegar al hombre, el niño miraría siempre al hombre con miedo, y el hombre miraría siempre al niño con indiferencia.

La madre es la que inspira y hace nacer la confianza y el amor entre el padre y el hijo; ella es también la que la enardece si llega á resfriarse, y la reanima y la renueva si llega á extinguirse. La madre es la que escusa, defiende y protege al hijo culpable ante el padre irritado; ella calma la indignación de este, templá su rigor, detiene el efecto de sus amenazas, aparta el castigo y obtiene el perdón. La madre es la que hace valer los derechos, la razón y la autoridad de un padre ofendido ante un hijo prevaricador; la que alcanza la sumisión de este y le inspira el arrepentimiento. Ella no tiene paz ni sosiego mientras no consigue una reconciliación entre el padre y el hijo, y restablece entre ellos la antigua armonía. La madre es por lo mismo en la familia la mediadora natural de la reconciliación, la mensajera del perdón y el árbitro de la paz.

Además, al padre es á quien pertenece, como á una providencia, por decirlo así general, proveer á las necesidades de la familia. Mas estas necesidades no pueden ser conocidas ni comprendidas en sus más pequeños detalles sino por la madre. El instinto prodigioso de su ternura se las revela. Ella las advina, las previene, las toma á su cargo, las manifiesta al jefe de la casa, se las esplica y reclama su remedio; ella no se vale de su ascendiente sino para ayudar, ni de su autoridad sino para proteger, ni de su carácter de madre sino para ser el ministro de la beneficencia y la dispensadora de la bondad del padre. Todo esto, dice Santo Tomás, explica la denominación latina del matrimonio. Denominación formada de dos palabras que recuerdan el oficio y el cargo de la madre, porque los cuidados particulares de la familia y de los hijos pertenecen más bien á la madre que al padre; esta es una de las razones porque fué criada la mujer, y por esta causa también ella es la que naturalmente se dedica más al cuidado de los hijos.

Todas las cargas impuestas por la naturaleza á la muger, son relativas á los tiernos sentimientos del corazon, que son el principio y el fin, y el medio ejecutivo de ellas. La mano de Dios al formarla, se los dió en abundancia, y casi puede decirse que estos sentimientos constituyen el fondo de su ser. En efecto, lo que le falta en fuerza de inteligencia, lo tiene en energia de sentimientos; ella está compensada de la débil capacidad de su espíritu, con la grandeza y la generosidad de su corazon; el instinto maternal le sirve de penetracion; ella comprende menos, pero siente mas; ella obra mucho porque ama mucho; y porque todo su ministerio se reduce á amar, ella es la ternura misma. Asi es como el Criador ha dado á todos los seres las cualidades necesarias al cumplimiento del fin para que las ha formado.

Esta es la razon por qué no se encuentra en la naturaleza un amor mas tierno y mas enérgico al mismo tiempo, mas firme y afectuoso, mas contrariado y mas constante, mas combatido y mas generoso que el de una madre. Cuantos mas disgustos sufre por sus hijos, tanto mas los ama; cuantos mas dolores, mas trabajos y mas sacrificios le cuestan, tanto mayor es su afecto y su ternura para con ellos; cuanto mas defectuosos y disformes son ellos, tanta mayor compacion le inspiran; cuanto mas incómodas, mas repugnantes y mas contagiosas son sus enfermedades, mas lejos está ella de abandonarlos. Todo amor natural cede y se debilita en ciertas circunstancias; solo el amor maternal es el que no cede jamás, jamás se desalienta, jamás se cansa. El solo triunfa de todo y está á prueba de todo; él saca fuerzas de sus propios padecimientos; cuanto mas angustiado y afligido se encuentra, tanto mas activo y mas enérgico se hace.

Esta es finalmente la razon por qué no hay una palabra mas dulce, mas agradable ni mas grata que la de

madre. Ella habla al corazon, y no habla sino al corazon, porque solo revela la confianza y no respira otra cosa que amor. La palabra *padre* es tierna y dulce sin duda alguna; mas con la idea de un amor generoso y fuerte, recuerda tambien la severidad y justicia que pertenecen al padre como al juez natural de la familia de que es cabeza. Mas siendo el ministerio de la madre un ministerio solo de bondad, de paz, de misericordia y de amor, el nombre de madre es tambien el símbolo del amor; él no es otra cosa que dulzura y delicias para la lengua que lo pronuncia, lo mismo que para el corazon que lo siente.

Es indudable que el órden natural y visible es en su realidad misma el símbolo y la figura del órden espiritual y divino. En efecto, la redencion del mundo por la efusion del Espíritu de Dios en los corazones helados de los hombres, es llamada en la Escritura una creacion nueva. Y nuestra vocacion á la fé y á la gracia es llamada una generacion, un nacimiento feliz que nosotros hemos recibido de Dios.

Supuesto que hay semejanza é identidad en los términos, es necesario que haya tambien semejanza é identidad en las ideas y en las cosas. Es claro, segun el lenguaje de los Libros santos, que la vida y la gracia se trasmite, se conserva y se perpetúa por unos medios muy nobles, misteriosos y sublimes, pero análogos á aquellos por los que se perpetúa la vida de la naturaleza; y que hay una generacion puramente espiritual y divina que nos hace nacer para el cielo, asi como hay una generacion carnal que nos hace nacer para la tierra. Esta vida natural principió por un hombre que fué unido por Dios criador á una muger; por consiguiente, la vida espiritual debió tener tambien por principio un hombre unido á una muger por Dios redentor; es decir, que así como en el órden temporal, ademas del padre, principio de la vida,

tuvimos una madre por cuyo medio se nos transmitió la vida, del mismo modo en el orden espiritual, además del padre autor y principio de la gracia, que es Jesucristo, debimos tener igualmente una madre por cuyo medio nos fuese dada la gracia, y esta madre es María.

El Dios lleno de bondad que en el orden temporal quiso que cada hombre tuviese en su madre, según la carne, un vínculo de union, un canal de beneficencia, una mediadora de reconciliación, un medio de defensa, un motivo de confianza y de amor para con un padre terreno; este Dios en el orden espiritual, en el que ha esparcido con mucha más abundancia las riquezas de su misericordia, no ha podido rehusar á los cristianos en el orden espiritual, un lazo de union, un canal de beneficencia, una mediadora de reconciliación, un medio de defensa y un motivo de confianza y de amor para con el Padre celestial. Y cómo, sin ofender á la infinita bondad de Dios que quiso proveer tan copiosa y abundantemente á nuestra redención, puede concebirse que haya preparado en la persona de nuestra madre terrena un remedio para todas nuestras necesidades temporales, un auxilio, una ayuda y un apoyo, y que no haya hecho otro tanto respecto á nuestras necesidades espirituales, que no nos haya proporcionado los consuelos, los auxilios, la asistencia y la mediación de una madre celestial? (*Véase la nota tercera.*)

CAPITULO IV.

Esto es precisamente lo que hizo Jesucristo, cuando desde lo alto de la Cruz dijo á S. Juan indicándole á María: HE AHÍ TU MADRE.

No es pues cierto que el insigne privilegio de tener á María por Madre sea propio y personal de San Juan, y que nosotros no entremos para nada en el misterio de esta feliz adopción. No es pues cierto que Jesucristo, en esta amorosa delegación, no tuviese otro designio que el de dar á María un apoyo á Juan una recompensa y á nosotros un ejemplo, y que debiéndonos contentar con echar sobre el Discípulo amado una mirada de santa envidia, no pudiésemos llevar nuestros deseos á mayor altura, ni aspirar á tener la más pequeña parte en el afecto maternal de María. No será pues verdad que nosotros, hijos infortunados de Eva pecadora, no tenemos en el orden espiritual de la gracia y de la salvación otra madre que una parricida, de quien recibimos la muerte al mismo tiempo que la vida; y que nada tenemos de común con Eva inocente, con la *Madre verdadera de la vida*, de la dulzura, de la misericordia y de la bondad. No será finalmente cierto que, adoptados por hijos por el mismo Dios en el Calvario, no podamos jamás aspirar al honor de tener á María por Madre; y que habiéndonos hecho Jesucristo herederos de su gracia, de sus méritos, de su sangre y de su reino, no haya querido comprendernos en la herencia de su Madre, ó que haya olvidado y escluido á la Iglesia de esta porción de su Testamento. Y quién podría jamás tener tales pensamientos sin sentirlos rechazados por los remordimientos, sin agraviar á la inmensidad del amor de Jesucristo para con nosotros, á las riquezas de su redención, á la generosidad y á la perfección de su sacrificio?

En efecto, según observa S. Leon, entre la muerte del Salvador y la de sus mártires existe entre otras diferencias la de que cada uno de estos ha dado su vida separadamente, y que sus muertes son

singulares y privadas, mientras que Jesucristo dio su vida por todos, y su muerte es una muerte común, pública y universal. El defendía entonces la causa de todo el género humano, cuya naturaleza representaba en sí mismo, sin tener su culpabilidad. De este modo, sacerdote de su víctima, y víctima de su sacerdocio agusto, Pontífice universal, ostia pública de propiciación, de reconciliación y de paz, ofrecía en la Cruz á Dios su Padre el sacrificio de los siglos por la salvación del mundo. El se lo hacía agradable por sus profundas humillaciones, por la oblación entera de todo lo que le era propio y personal, por su perfecta resignación, y sobre todo por la inmensa y tierna caridad con que lo acompañaba. No es pues creíble que él quisiese, ni aun por un solo instante, interrumpir esta acción sublime y perfecta, la acción por excelencia, para ocuparse de la recompensa debida á su Discípulo y del consuelo temporal de su Madre. No es verosímil que, ni aun por un solo instante, quisiese apartar su pensamiento del negocio público de la salvación del mundo, para ocuparse exclusivamente de afecciones y de intereses personales y privados.

Nada es ciertamente mas justo, mas religioso, mas santo ni mas piadoso, generalmente hablando, que ver un hijo en sus últimos momentos ocuparse de su tierna madre, y un maestro pensar en su discípulo fiel. Mas si se consideran las augustas funciones y el noble cargo que el Hijo de Dios iba á cumplir en el momento de su muerte, si se atiende al carácter especial y al objeto sublime de esta muerte, se comprenderá que no podia ocuparse un solo instante de su Discípulo ni de su Madre, sin descender en cierto modo de la altura de su rango, de su posición sublime de persona pública, de víctima universal; sin alterar la perfección y la inte-

gridad de su ofrenda, en la que todo cuanto le era propio y personal se sacrificaba, se ofrecía, se aplicaba y se trasmitía á nosotros.

Es verdad que en aquellos instantes misteriosos trató Jesús de asegurar el perdón á sus verdugos y el paraíso á un ladrón. Mas entonces solicitó también el perdón para todos los pecadores á la vez, y prometió igualmente el paraíso á todos los verdaderos penitentes; por consiguiente, aquella súplica y aquella promesa, aunque espresadas en términos particulares y privados, tenían un objeto público y universal, y por lo mismo formaban parte del sacrificio universal y público que entonces se ofrecía. Luego la declaración de la nueva maternidad de María y de la nueva filiación de S. Juan, aunque hecha en términos personales y privados, debió igualmente tener un objeto público y universal, á fin de que pudiese armonizarse y formar un todo con los sentimientos y los pensamientos de interés público de que Jesucristo se ocupaba únicamente en aquellos preciosos instantes.

El Discípulo debió por lo mismo representar á todos los verdaderos creyentes, así como, según la enérgica espresión de S. Pablo, los verdugos representaban á todos los pecadores, y el buen ladrón á todos los verdaderos penitentes. Así es como nosotros debimos hallarnos comprendidos en la adopción de S. Juan. Solo así es como esta última disposición se eleva, se engrandece, se estiende y se ennoblece. No es ella solamente un acto del Hijo único de María, del maestro privado de S. Juan, sino mas bien un acto del Salvador universal del género humano, un acto digno del personage que lo ejecuta, y digno también del tiempo y del lugar en que se ejecuta.

Esto se confirma también por la conducta constante del Hijo de Dios con respecto á su Madre.

durante el curso de su vida mortal. Si María se queja á él por haberse sustraído á su ternura, y por haberla tenido durante el espacio de tres dias sumergida en el mas doloroso temor y en las mayores angustias, Jesus le reconviene en cierto modo por su solicitud maternal, y condena al parecer sus investigaciones y su dolor. Si María en las bodas de Caná solicita por su parte un prodigio, Jesus la reprende en cierta manera porque se toma por sus comensales mas inquietud y mas cuidado del que convendria. Finalmente si María procura verle y hablarle, Jesus lo rehusa, y protesta al parecer que no la conoce. Ademas, al llamarla constantemente *muger*, parece que le rehusa hasta el nombre, el título y la cualidad de Madre. Pero cómo es esto? Es posible que Jesus no amase á María? Es posible que María no fuese mas amada de él que todo otro objeto creado? Es posible que María no fuese mas que una muger cualquiera, y no aquella Madre que él colmó de privilegios, aquella Madre mas madre, por decirlo así, que las otras madres, supuesto que lo concibió doblemente, en su alma guardando fielmente la palabra de Dios, y en su seno vistiendo su persona de una carne humana sin intervencion del hombre? Por qué pues el Señor la trata con tan poco respeto? Por qué le rehusa toda demostracion pública de su ternura filial? Las respuestas mismas de Jesucristo en las circunstancias que acabamos de indicar, dan la solucion de este enigma, y descubren el misterio de esta indiferencia aparente del mas santo de los hijos con la mas digna de todas las madres. Cuando él rehusa un prodigio en las bodas de Caná, dá por única razon que su hora no ha llegado aun. Cuando es hallado en el templo, declara como la única causa de su extravio voluntario, que él debe, ante todo, ocuparse de la mision

que le ha encargado su Padre celestial, es decir de los intereses de su gloria y de la salvacion de los hombres. Cuando es llamado por María, protesta como la única razon por que se niega á verla, que no reconoce por sus parientes mas que aquellos que son fieles en escuchar la palabra de Dios y en ponerla en práctica. Y bien, cual es la significacion de todo esto, dice S. Ambrosio, sino que Jesucristo cree deberse todo entero al ministerio de que le ha investido su Padre celestias, mas bien que á los afectos de su madre terrena? Es decir que él cree deber consagrar absolutamente todos sus instantes y todas sus acciones á la salvacion de los hombres; que este importante negocio es la regla de toda su conducta y de todos sus prodigios; que él se considera, se reconoce y obra siempre como el Mediador universal del mundo, y no como el Hijo especial de María; que en él las afecciones domésticas y los respetos personales están siempre subordinados y sometidos al carácter público de Salvador; que en todos sus discursos, lo mismo que en todas sus acciones, no pierde de vista ni un solo instante la redencion del mundo; que todo aquello que á primera vista solo tiene un objeto particular, recibe de él una direccion que le hace entrar en el plan general de su mision, que él no sustrae jamas un solo pensamiento, un solo afecto ni un solo instante á esa obra sublime de la salvacion de los hombres, que Tertuliano llama la mas digna de la grandeza de Dios, y que el mismo Jesucristo llama su alimento predilecto, su alimento escogido, su única ocupacion y la obra de Dios por excelencia.

Jesucristo no quiere sustraer un solo instante de su vida á nuestra salvacion. Mas, para qué es esta reserva extrema, esta delicadeza esquisita de su parte? Ved aqui la razon: aunque el Padre celestial, por

un exceso de la mas tierna caridad, nos haya dado á su Hijo único; aunque, por un exceso semejante de esta caridad, este mismo hijo se halla ofrecido voluntariamente para ser nuestra víctima y el precio de nuestra salvacion, sin embargo, supuesto que el Padre nos ha dado generosamente á su propio Hijo, supuesto que este Hijo ha sido, digamoslo así, pródigo de si mismo para nosotros: Jesucristo por este mismo hecho ha venido á ser nuestra propiedad y nuestra riqueza. Nosotros no teniamos derecho ni mérito alguno; la donacion del uno y la ofrenda del otro fueron perfectamente libres en su principio; pero siendo las dos verdaderas y reales, se hacen necesarias é irrevocables en sus efectos. Ellas establecen en favor nuestro un derecho real y verdadero sobre la persona del Salvador; y nosotros podemos, rigurosamente hablando, llamarle nuestro bien y mirarle como nuestra propiedad. Ved aqui por qué al anunciar Isaias su venida, se vale de estas tiernas expresiones: UN PEQUEÑO NIÑO NOS HA SIDO DADO; UN HIJO HA NACIDO PARA NOSOTROS. Los ángeles al anunciar su nacimiento usan las mismas palabras: Regocijados, dicen á los pastores, por que OS HA NACIDO UN SALVADOR. Y S. Pablo nos hace observar que el Padre Eterno no solo nos ha dado á Jesucristo, sino que en él y con él nos ha dado tambien todo cuanto le pertenece. Ved aqui por qué, como dice San Leon, todo lo que Jesucristo es, todo lo que Jesucristo tiene, todo lo que concibió la virginidad de Maria y la rabia infernal de los judíos clavó en la cruz, todo es nuestra propiedad. Todos los momentos preciosos de su vida, todas sus acciones, todos sus pensamientos, todos sus afectos nos pertenecen; él no puede disponer de cosa alguna sin nosotros ni fuera de nosotros. Nosotros debemos necesariamente tener parte en todos sus designios y en to-

das sus obras. Si él hubiera dicho ó hecho cualquiera cosa que no hubiera tenido relacion alguna con nosotros, hubiera dejado de pertenecernos desde aquel momento; él hubiera sustraído algo á la universalidad, á la integridad, á la perfeccion de su ofrenda. Ved aqui por qué siempre nos tuvo presentes en todo. Por esta razon su vida entera, sin que le fuese permitido distraer un solo instante, fué un sacrificio continuo, un sacrificio tan absoluto en su integridad como en su perfeccion, y como un solo pensamiento, una accion única y no interrumpida cuyo objeto era la salvacion de los hombres.

Si tal fué y debió ser la conducta del Salvador con respecto á nosotros durante su vida, será creible que al tiempo de su muerte quisiese olvidarla ó desmentirla, ni aun por un solo instante ó por un solo pensamiento? Podrá creerse jamás que en la cruz, sobre el altar de su sacrificio, en el momento en que la víctima ofrecida por la salvacion del mundo era inmolada, quisiese pensar ó hacer alguna cosa estraña á su sacrificio, y que habiendo estado siempre ocupado en la obra de la redencion de los hombres, la perdiese de vista por un solo instante cuando iba á cumplirla? No, él no nos olvidaba en aquel instante tan solemne, en aquella accion tan sublime, en aquella disposicion tan importante, en aquel testamento tan precioso por el que el Hijo de Dios dispuso de la que le parió. Aquel legado nos fué comun con S. Juan. Jesucristo entonces pensó tambien en nosotros; él nos tuvo presentes; nos tuvo á la vista; entonces nos dió á Maria por madre y nos legó por hijos á Maria. (Vase la nota cuarta.)

CAPITULO V.

Mas si las palabras del Salvador contienen el misterio de nuestra comun adopcion, contiene de la misma manera el misterio de la adopcion de San Juan; luego este apóstol no se hizo Hijo de María sino en el sentido y de la manera general con que nos hicimos todos igualmente. Sin embargo el texto sagrado parece que se opondrá á esta consecuencia.

Es indudable que S. Juan conocia mejor que otro cualquiera el verdadero sentido de las palabras de Jesucristo. El se las habia oido pronunciar, y toda la fuerza divina de ellas se habia hecho sentir y comprender de su tierno corazon; por consiguiente San Juan es el intérprete mas legitimo, mas natural y mas fiel.

No parece que en esta disposion de Jesucristo viese el Discipulo otra cosa que una adopcion que le era propia, un nuevo nacimiento para él, un privilegio inherente á su persona y una preciosa distincion de su divino Maestro. Efectivamente él mismo escribió que, entendiendo como debia el honor inapreciable de verse legar á María por madre, se consideró desde aquel instante como el poseedor de un tesoro inestimable de la herencia mas preciosa, la amó sobre toda expresion, le dió preferencia sobre todo, y le consagró, despues de Dios, el primer lugar en su corazon. Tal es en efecto la significacion de estas palabras salidas de la pluma del mismo Evangelista: Y RECIBIENDO EL DISCIPULO DESDE AQUELLA HORA A MARÍA, LE CONSAGRÓ TODO CUANTO TENIA. No sus bienes temporales, añade S. Agustin, porque estaba desprovisto de ellos, sino todos los deberes de hijo

y de custodio, los que cumplió con el mayor celo y con el amor mas tierno.

Se sabe en efecto que desde aquel momento manifestó Juan por María todo el cuidado, la veneracion y la ternura de un hijo amante y respetuoso; que jamás se alejó de ella; que siempre permaneció á su lado; que le llevó consigo á todas sus misiones apostólicas; que, como la carta sinodal del Concilio de Efeso lo dá á entender, estuvo acompañado de la Madre del Redentor en la fundacion de aquella Iglesia; y que la miró siempre como la mas bella recompensa de su fidelidad y la gloria mas sublime de su apostolado.

Esta conducta de S. Juan con María no nos permite dudar que Jesucristo se la dió verdaderamente por madre y que las palabras divinas tuvieron respecto al Discipulo un sentido directo é inmediato. Luego nosotros no podemos ser incluidos en esta adopcion sino en un sentido lato, en un sentido místico, alegórico, y no en un sentido natural, verdadero y real. Ved aqui la dificultad que surge naturalmente de lo que hemos dicho hasta aqui. O Jesucristo tuvo presente entonces tan solo la filiacion de S. Juan; y en este caso, cómo puede concebirse que en una circunstancia tan pública y tan solemne prescindiese de nosotros y nos olvidase? O por el contrario Jesucristo tuvo presente únicamente nuestra filiacion; y entonces, cómo hubiera interpretado S. Juan en su favor la declaracion del Señor, y se la hubiera apropiado como si no hubiera sido hecha mas que para él solo?

Mas esta dificultad solo lo es en apariencia, ella se desvanece y desaparece desde el momento en que se reflexiona que no se trata aqui de la palabra de un hombre, sino de la de un Dios.

La palabra de Dios contenida en la Escritura tiene, dice Sto. Tomás, una ventaja particular que le es

propia; á saber, que no es como los libros dados á luz por el espíritu y salidos de la pluma del hombre, en los que las palabras significan únicamente las cosas que representan. En los Libros santos las cosas significadas por las palabras sirven á su vez para significar otras cosas. Las palabras de los hombres solo tienen un sentido material, inmediato é histórico, que resulta de la significación gramatical de estas mismas palabras; mientras que la palabra de Dios, ademas del sentido histórico, inmediato y material indicado por las palabras, que se llama sentido literal, encierra otro sentido que sale de la significación de las cosas, y se llama sentido espiritual.

El sentido histórico de la palabra de Dios es pues el sentido inmediato y próximo. El sentido espiritual, que nosotros llamamos, *profético*, es el sentido mediato y remoto; este segundo sentido es el mas elevado, y por lo mismo el mas extenso, el mas noble y el mas perfecto. Los dos son verdaderos, los dos son reales, los dos son inspirados, y por lo mismo los dos son importantes; el primero porque sirve de ocasion y de velo, y el segundo porque contiene el misterio, lo descubre y lo explica. Es necesario pues, dice S. Agustín, tenerlos siempre presentes en la lectura de la Escritura sagrada. Si nos atenemos únicamente al sentido mas próximo, al sentido inmediato, á la letra que es como la corteza y la superficie, no tendremos jamás sino una inteligencia truncada, material é imperfecta de los divinos oráculos; y las palabras de la Sagrada Escritura contribuirán muy poco ó tal vez nada á nuestra edificación.

Asi por ejemplo, es de fé que Abraham tuvo dos hijos, Ismael de Agar ó Isaac de Sara. Al referir el historiador sagrado las sucesiones de estos dos hijos del padre de todos los creyentes, no cuenta una parábola, un apólogo ó una fábula, sino la historia verídica

de un hecho ocurrido realmente. Es por lo tanto de fé, pues que S. Pablo lo anuncia en términos muy claros, que esta historia de las esposas y de los hijos de Abraham, aunque muy verdadera, es al mismo tiempo una figura y una profecía. Agar y Sara representan los dos Testamentos, las dos alianzas, la Sinagoga y la Iglesia. El Espíritu Santo, al inspirar al escritor sagrado la composicion de su relato, y la indicacion que hace de las circunstancias que en él vemos, tuvo por consiguiente presentes dos cosas: la primera transmitir á la posteridad la historia verdadera de la familia de Abraham; la segunda anunciar y figurar en ella y por ella las vicisitudes de la Iglesia de Jesucristo.

Por lo que respecta al Nuevo Testamento, la doctrina comun de los Padres de la Iglesia, es que todo cuanto ensierra es histórico y profético á un tiempo mismo; y que, segun la expresion de San Agustín, el Salvador quiso que todo cuanto hizo corporalmente fuese entendido tambien en un sentido espiritual. Ved aqui por qué el mismo Santo Doctor nos dice sobre el Evangelio de la Magdalena: Qué significa ese Simon el fariseo lleno de presuncion por su falsa santidad sino el pueblo judío? Y esa muger pecadora que viene á prosternarse á los pies del Salvador que baña con sus lágrimas, qué significa sino la gentilidad convertida á la fé? El mismo Santo cree que en la resurreccion del jóven de Naim, debemos ver la resurreccion de los pecadores; y que la alegría de la viuda su madre al recibirlo lleno de vida, es una figura del gozo de la Iglesia cuando ve á sus hijos volver á la gracia.

El Papa S. Gregorio establece lo mismo como regla general para todas las obras maravillosas del Salvador, diciendo que si por una parte debemos encontrar echos realmente cumplidos, por la otra debemos encontrar tambien lecciones significativas, porque ensierran á un tiempo mismo un prodigio del poder divino y un

misterio de la divina sabiduría. Aplicando despues esta regla entre otros hechos al Evangelio del ciego de nacimiento, dice: Nosotros ignoramos quién fué este ciego; pero sabemos que tiene para nosotros una significacion misteriosa. Este ciego, en efecto no es otro que el género humano, que habiéndose separado de la luz celestial en la persona de su primer padre, parecia envuelto en las tinieblas del pecado, arrastrado hacia la condenacion; y que se encuentra alumbrado milagrosamente por la presencia de su Redentor.

Asi fué tambien como Jesucristo llamó á la vida natural los tres muertos de que nos hablan los Evangelistas: la hija del gefe de la Sinagoga, el hijo de la viuda de Naim, y Lazaro hermano de Marta y de Maria. El resucitó á la primera sobre su lecho de muerte, al segundo, cuando le llevaban al sepulcro, y al tercero, despues de haber permanecido en el sepulcro por espacio de tres dias. Pero no es menos cierto, supuesto que los padres de la Iglesia, y en particular S. Agustin, nos lo enseñan únicamente, que las historias de estas tres resurrecciones son misteriosas y proféticas, y que nos representan la de las almas llamadas de la muerte del pecado á la vida de la gracia. Y el mismo Santo observa (y esto confirma nuestra doctrina) que al buscar un sentido alegórico en un sentido histórico, no debilitamos en lo mas mínimo la autoridad del testo; y que la infalible verdad de la historia no nos impide en manera alguna encontrar en ella un sentido alegórico, y tenerlo por verdadero. Al dictar el Espíritu Santo estas tres patéticas narraciones, quiso que estos tres prodigios admirables del poder y del amor de Jesucristo, quedasen consignados como una prueba de la divinidad de su mision; y por otra parte quiso figurar proféticamente las operaciones de la gracia en la conversion de los pecadores, conversion que exige de parte del poder divino unos

esfuerzos tanto mayores cuanto mas largo es el tiempo que ha trascurrido desde la muerte espiritual. Este es, segun San Gregorio, un prodigio mas admirable aún que el de la resurreccion de un muerto. Asi es, dice el mismo pontífice, que la jóven resucitada en su propia casa es una figura del hombre que ha caido y que vive secretamente en el pecado. El jóven vuelto á la vida fuera de su habitacion significa el pecador que no teme aparecer tal públicamente. Lazaro, en fin, sacado de su sepulcro, es una figura del pecador abrumado como un peso enorme, bajo el de los hábitos criminales que ha contraido en su pecado. Con estas esplicaciones se desvanece la dificultad que ofrece el pasaje de la Escritura de que vamos á tratar. Indudablemente hay en él, lo mismo que en los que acabamos de citar, un doble sentido y una doble significacion: el sentido histórico é inmediato, y el sentido mediato, misterioso y profético. El sentido histórico é inmediato es que Jesucristo dió á Maria por madre de S. Juan y á S. Juan por hijo de Maria. El sentido remoto y profético es que en la persona de S. Juan nos dió tambien á nosotros por hijos á Maria y nos legó á Maria por madre. Y estos dos sentidos, segun la regla que hemos indicado, son igualmente verdaderos, igualmente reales y ciertos, porque Jesucristo los tuvo igualmente presentes, y porque se hallan contenidos igualmente en sus divinas palabras.

La única diferencia consiste en que la filiacion de S. Juan es el objeto ocasional mas próximo, el objeto inmediato; y la nuestra el objeto final, mediato y remoto. La una es la figura y la profecia; la otra el objeto figurado, el término y el complemento. En el primer sentido, Jesucristo obró en su cualidad real de hijo de Maria y de maestro de S. Juan; y como tal, quiso consolar á aquella y recompensar á este:

En el segundo sentido obró en su cualidad tambien real de redentor y de salvador de los hombres; y como tal, quiso hacerle encontrar en María un refugio y un socorro en los caminos de la salvacion. Y así como en la persona de Jesucristo una cualidad no destruye la otra, así tambien en sus palabras el segundo sentido no destruye al primero. La sabiduría y el amor de Jesucristo supieron unir y combinar estos dos sentidos, así como él habia sabido reunir en sí estos dos caractéres, y cumplir sus deberes respectivos. Es propio de su poder divino y de la fecundidad de su palabra producir dos efectos con una sola operacion, significar dos pensamientos con una sola frase, llegar á dos fines por el mismo medio y cumplir dos designios con una simple disposicion. Nuestra adopcion es por consiguiente tan verdadera como la de S. Juan. Es muy cierto que María le fué dada verdaderamente por madre, pero esto no impide que nos haya sido dada tambien á nosotros con la misma verdad, y que las palabras de Jesucristo contengan tambien el misterio, el acta solomne de nuestra adopcion. (*Vease la nota quinta.*)

CAPITULO VI.

HAY tambien otra regla dada por S. Agustin para la interpretacion de los Libros santos, segun la que no todas las palabras, no todas las espresiones, los incidentes y las circunstancias consignadas en la Escritura tienen una doble significacion.

Hay algunas que no significan mas que lo que espresan literalmente. Ellas sirven solo para apoyar ciertos hechos que son verdaderamente misteriosos; y que, ademas del sentido histórico, encierran tambien

un sentido profético. Por lo mismo, tomadas separadamente solo tienen un sentido inmediato; ellas no tienen un sentido remoto sino unidas al todo de que forman parte. Así es como, dice el mismo Santo, en una cítara solas las cuerdas sirven para el acompañamiento de la voz. Mas para hacerlas producir el sonido que se desea es necesario que estén extendidas sobre la madera labrada de cierto modo y de una figura especial. Aunque esta madera y esta estructura particular no tengan por sí mismas sonido alguno, son necesarias sin embargo para que las cuerdas puedan producirlo. El instrumento se compone de todo este conjunto, y produce sonidos armoniosos.

Mas, cómo se podrán distinguir los pasajes puramente históricos de los que son al mismo tiempo proféticos y misteriosos? El célebre Cornelio de la Piedra dá una regla para poder hacer esta distincion. El observa que algunas veces se encuentran en la Escritura ciertos pasages que tomados literalmente, por mucho que se les quiera violentar no ofrecen ninguna significacion plausible, porque contienen espresiones y circunstancias que no convienen de modo alguno ó que solo convienen en un sentido hiperbólico á la persona ó á la cosa que parece ser su objeto inmediato. Entonces se hace imposible concretarse al sentido inmediato; es necesario pues suponer y buscar en el dicho pasage el sentido misterioso y profético, pues que solo en este sentido pueden las espresiones que en él se encuentran tener una significacion natural, plena y perfecta. De esto tenemos un ejemplo en el libro segundo de los Reyes, en el que lo que se dice de Salomon no es literalmente cierto sino en cuanto á Salomon se sustituye Jesucristo. Así es que cuando un pasage de la Escritura es profético, el texto sagrado lo anuncia por la oscuridad misma y la confusion que ofrece en el sentido próximo é inmediato.